

LECCIÓN INAUGURAL PRIMER CUATRIMESTRE DE 2012 LITERATURA VIRTUAL

La literatura y sus musas: inteligencia, creación e investigación

Por Roberto Sancho Larrañaga
Docente de la Facultad de Comunicación Social y Artes Audiovisuales

PRIMER ACTO: *Catarsis o hablemos desde las emociones*

Dice José Antonio Marina, que después de años de plantearse los interrogantes más complejos de la Filosofía, lo que no ha sido capaz de entender, es por qué hay gente con coeficientes intelectuales tan altos pero que se comportan tan estúpidamente en su vida. Su inteligencia no les sirve para ser felices y sentirse bien consigo mismo, ni para relacionarse mejor con los demás. Hasta parece una insensatez preguntarse cosas como, *¿Por qué una persona inteligente se comporta tan estúpidamente?, o ¿Por qué a pesar de nuestra inteligencia nos empeñamos en no ser felices?* En este mundo de locos, tal vez ser cuerdo es una locura.

Lo que hay implícito en esas preguntas es el uso que hacemos de nuestra inteligencia, de nuestra capacidad creativa e investigativa, como individuos y como sociedad. El adecuado o inadecuado uso de la inteligencia, el éxito o el fracaso de la misma, tanto en el plano privado como social. La idea que queremos defender, es que tal vez, estamos fracasando en el uso de nuestra inteligencia personal y de la inteligencia social, entendida ésta como la sumatoria del potencial de las individuales. José Antonio Marina afirma que hay varios tipos de fracasos en el uso de la inteligencia: fracasos cognitivos como los fanatismos religiosos o ideológicos, que impiden apropiarse de la experiencia, pues queda desfigurada la realidad por interpretaciones previas; hay fracasos afectivos, que incapacitan el uso de la inteligencia para saber vivir, aprender a vivir bien; y hay fracasos de nuestra inteligencia social, por eso hay que estudiar por qué nos malentendemos, por qué malvivimos en comunidad, por qué nos matamos.

Torturemos nuestra conciencia con estas cuestiones: ¿Qué tanto utilizo mi inteligencia para ser feliz?, y ¿Qué tanto utilizamos nuestras inteligencias para vivir en paz y ser felices? Pensemos tanto en el uso privado de nuestra inteligencia, como en el uso público que hacemos del potencial de inteligencias en una comunidad o





sociedad concreta. Tanto el uso privado como social de la inteligencia debería concretarse en el espacio de la afectividad. Saber vivir con mis diferentes yo o formas de ser, y saber convivir con los demás. Craso error de los intelectuales, investigadores, artistas y otro tipo de subespecies humanas raras, creer que el objetivo final de la ciencia es conocer (el conocimiento), o del arte crear, crear algo nuevo. El final de estos caminos debería ser el afecto. Afecto por los demás, y afecto por uno mismo. Metamos la investigación o la creación donde siempre han estado desde el origen de la humanidad o del nacimiento de cada uno de nosotros, en el ámbito de la vida cotidiana. Desde allí, resolvamos las dificultades afectivas de uno mismo y los problemas sociales de todos, con creatividad y conocimiento. Olvido burdo de que la inteligencia es un medio y no un fin en sí mismo. Medio para resolver nuestros problemas afectivos y sociales. Reiteremos, conocimiento y creatividad son esencialmente un medio. La pregunta pendiente es ¿quién será el beneficiario del potencial creativo e intelectual de la humanidad?, ¿el mercado, los individuos, la sociedad? Mundo de desplazamientos forzados del potencial mental y creativo hacia necesidades altamente artificiales, fabricadas y automatismos sociales. Confunde y vencerás, crea problemas, crisis y luego ofrece la solución; el círculo perfecto del poder. Mantén la atención en lo superfluo, en lo que no tiene importancia real, y quedarás atrapado en la telaraña de la subordinación.

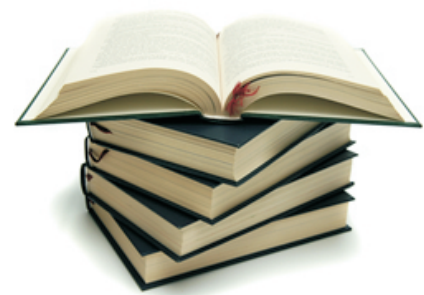
Curioso que el tema de la felicidad sea para los investigadores sólo un coeficiente que mide estadísticamente el tema por países o regiones. Para los artistas un tema de inspiración. Para los intelectuales una vía de escape hacia el hedonismo autista. Se nos olvida por completo que todo proyecto personal de realización intelectual, creativa o de felicidad, pasa por realizarlo en un espacio compartido de comunidad, por lo tanto de convivencia en amistad con los otros y el entorno. Si la política es el arte de vivir juntos, toda creación o descubrimiento tiene un componente claramente político y ético, de construcción colectiva, de búsqueda de la felicidad común. La creación e investigación humana siempre es una mezcla de individualidad y colectividad, de espontaneidad o creatividad, de normas o estilos.

A pesar de ello seguimos en el ciclón del olvido, de la vulnerabilidad afectiva o del fracaso intelectual, político, artístico y científico. Como dice Ernesto Sábato, “entre lo que deseamos vivir y el intrascendente ajeteo en que sucede la mayor parte de la vida, se abre una cuña en el alma que separa al hombre de la felicidad como al exiliado de su tierra”. Como individuos, intelectuales o artistas somos lo que la época nos dice que seamos. La felicidad reducida al consumo feliz (luego ya vendrá el lloro por el pago de la tarjeta de crédito). Mundo de satisfacciones fugaces e

insatisfacciones eternas. Inteligencias supeditadas a cosmologías mercadotécnicas o a elucubraciones cosmotecnológicas. Mentes atadas que imposibilitan pensar en la felicidad palpable, aquella de la vida cotidiana, de la carne propia y la carne ajena. Irónicamente trabajamos arduamente para no ser felices, tal vez hay que escuchar los ecos de Don Juan, si alguna vez viajamos a Ixtlan con Carlos Castaneda: “El chiste está en lo que uno recalca –dijo-. O nos hacemos infelices o nos hacemos felices. La cantidad de trabajo es la misma”.

Definitivamente debemos encauzar nuestra energía, trabajo, pensamiento y creatividad para escapar de esa celda que alumbró Kafka, por lo menos para darnos la oportunidad de explorar otros tipos de cárceles. Como dice Henry Miller en su Trópico de Cáncer, “cortan el cordón umbilical, te dan un azote en el culo, y ¡hala!, ya estás en el mundo, a la deriva, un barco sin timón”. ¿Dónde podemos buscar el mapa que nos oriente en nuestra existencia? ¡Que fauna tan extraña la humana!, nos rodeamos de cosas para huir de lo esencial, nos movemos por el espacio como locos para no pensar en el tiempo. Por algo, nos reconocemos con los personajes de la literatura, pues esos textos reflejan las letras con que huimos, pero también construimos nuestra vida. Leerlos y aprenderlos es lo mismo, nos conocemos a través de ellos. Damos una vuelta por la literatura para llegar a nuestra propia vida. El movimiento es eterno. Y en ese transcurrir representamos nuestros personajes, por algo persona y personaje tienen la misma raíz. La persona es un personaje en su obra de teatro, actor con diversas máscaras, ninguna verdadera para huir lo más posible de nuestro auténtico yo. Siempre lista una máscara para el lugar asignado en la vida. Dureza y miedo por desprenderse de todas esas máscaras y quedar solo, indefenso, débil ante nuestra implacable y rotunda conciencia. Miles de lágrimas brotando detrás de ese enmascaramiento. Miedo a estar desnudo ante otro cuerpo desnudo. Indefensos ante la verdad del otro y la propia. Evidencia de la mentira fundamental: no somos fuertes, sino terrones de azúcar fácilmente disueltos por las mareas del destino. Denuncia de autosuficiencias inútiles; necesidad de todos, del otro y de uno mismo. Dislocación constante entre lo que se quiere ser y lo que somos. Simas profundas entre las ideas y la vida. Ideas sin acción y actos sin pensamiento. Cotidianidad sin vitalidad, sin pasión; pensamientos vacíos y vacíos llenos de pensamiento. Somos uno u otro, perdido entre multitudes amorfas, masas aturcidas, burlas infinitas a la inteligencia humana. Pasión atrapada por la razón, arrancada de raíz por un principio prostituido de libertad, como plaza autárquica, atentatoria del bien común, de lo compartido. Justificaciones refinadas, sofisticadas, uso de la razón para destruir el pensamiento. Olvido de que esa razón está al servicio de uno y de todos. Desconocimiento del poder propio y colectivo.

Alzheimer de que uno es en definitiva su propia pasión, aquí está el motor de la vida, del pensamiento y la creatividad. Del entrecruzamiento de varias fuerzas pasionales



se genera el movimiento personal y colectivo. Control y descontrol de las pasiones, poseídos de pasión o dominados por las pasiones. Viva el empirismo de la pasión propuesto por Eugenio Trías en su Tratado de la pasión, esa base para la acción humana pues “es la pasión la condición de posibilidad de que haya producción, que es siempre producción pasional de acción y conocimiento”.



Canalización de esas pasiones hacia el engrandecimiento del mito del Progreso. Patología de esta sociedad contemporánea, que pone la normalidad como elemento central de nuestra vida. Esquizofrenia colectiva de robots y muertos vivientes; pero felices de su tecnofilia. Progresos tecnológicos y paralelamente subdesarrollo humano. Búsquedas infructuosas de los restos de un tiempo más humano. Tiranías del tiempo y dictaduras de la productividad, producir para el mercado y no para la creación o el desarrollo humano. Los tiempos modernos de Chaplin, ese monstruo de varias cabezas embellecido con individualismo acérrimo, materialismo a ultranza y racionalismo prostituido al mejor postor. Alabanzas a los anti valores, tal vez porque como algún día dijo Nietzsche, “los valores ya no valen”. Es pertinente preguntarse, ¿por qué el progreso científico, investigativo o creativo, no supone mayor desarrollo moral o humano? Parece una contradicción que cada vez tengamos mejores automóviles, edificios, pero en ellos habiten personas más infelices. Es un absurdo, que en los países más desarrollados suelen vivir las personas más tristes y menos felices, ¿para qué les sirve entonces esa inteligencia social o individual? Resulta que hoy en día, los edificios o las ciudades son inteligentes, pero las personas nos comportarnos estúpidamente. Tal vez, porque como dice José Antonio Marina en Elogio y refutación del ingenio, “razonar ha dejado de ser razonable”.

Fin del primer acto

SEGUNDO ACTO: Burro con orejas siempre anda hacia el frente

Esta cotidianidad de no pensar recurrentemente en lo pensable, de enfriar con razonamientos las pasiones creativas o imaginativas, de vuelta y revueltas en la normalidad, en los tópicos, motivan poco el desarrollo humano, tanto intelectual como artísticamente. Robert Musil en El hombre sin atributos, recuerda “el gran inventor al que se le preguntó cómo se las arreglaba para descubrir tantas cosas nuevas, respondió que reflexionando sin descanso. De hecho se puede afirmar que las ideas inesperadas se presentan impulsadas por su expectación. Son en

proporción no pequeña, producto del carácter, de tendencias constantes, de ambición tenaz y de asiduo trabajo. ¡Qué aburrido tiene que ser esa perseverancia!”. Perpetuo desafío, pensar para generar movimiento, para desarrollar la inteligencia y la creación. Lucha incansable por la creatividad, por crear algo distinto, pero también algo más humano que mejore al individuo y a la sociedad. Creatividad como facultad de crear, de hacer algo por primera vez; en definitiva, la creatividad como resultado del esfuerzo, de la investigación o como arte. Creatividad que no es monopolio de los artistas, aunque son los que pueden hegemonizar esos procesos de creatividad en una sociedad. Cada persona es un artista, hay una manera de pensar que lo predispone a crear y hay una fuerza del deseo que canaliza esa creatividad. Como dijo Estanislao Zuleta, en Arte y filosofía, “todo el mundo es un gran pintor, pero sólo cuando está dormido. Lo que es infrecuente es que lo sea despierto”. Todos somos unos artistas inconscientes y la mayoría irresponsables, dado que no utilizamos ese potencial para desarrollarnos humanamente, para combatir contra ese orden de la productividad que canaliza nuestro esfuerzo humano a la acumulación de dinero y no a lo que de verdad tiene valor. El arte y la creatividad tendría la posibilidad de girar ese esfuerzo humano hacia el individuo y la comunidad, igual que la mayéutica desencadenaba a los esclavos de la caverna de Platón y les permitía mirar a otro lado, un lugar para fugarse y llegar al calor protector del Sol. Erich Fromm afirma en Lo inconsciente social, que “el artista revela la verdad que se reprime por ser incompatible con las convenciones y con lo <<pensable>>. Con su arte, hace lo mismo que, a escala particular, el psicoanalista: descubre la verdad reprimida”. Esa verdad que todos sabemos pero deseamos ocultar, consciente o inconscientemente, porque como dice Saramago, “creo que estamos ciegos, Ciegos que ven, Ciegos que, viendo, no ven”.

Por lo tanto, toda persona puede ser creativa, o sea artista, pues tiene capacidad de moldear, pintar, esculpir el mundo, la realidad. Para que esta condición se dé, el individuo tiene que tener conciencia del poder de transformación que posee, debe tomar autoconciencia que es un artista, como diría Joseph Beuys en Cada hombre un artista. En este sentido, lo estético es la conciencia de lo creativo. Es aquí donde nos topamos con la conexión entre lo estético y lo político, pues lo estético sería la capacidad de crear (creatividad), de transformar, construir mundo como propone Toni Negri en Arte y multitud. El sujeto-artista es ese “reservorio” de posibilidades de la imaginación de una sociedad. Las nuevas formas de ser, de ciudadanía, de sociedad residen en estos sujetos artistas anónimos y no tan anónimos. Tienen en sus manos, en su cerebro, la posibilidad y capacidad de constituir e instituir una sociedad nueva. Todo pasa por ser capaces de pensarla y representarla de forma distinta. La vida como constante movimiento creador que requiere esfuerzo,



trabajo y constancia por parte del artista-ciudadano. Como afirma Libardo Sarmiento, “como creación, la vida social es política, ética y estética. Ética y estética son contenido y forma del ser político que son los humanos. Vivir es estar creándose a sí mismo; en igual forma, la vida social se refiere a un proceso de autocreación mutua”. El sujeto con conciencia estética es un artista y el artista siempre tendrá un componente político y ético. La principal obra de arte es una o uno mismo y su sociedad.

TERCER ACTO: Viviendo del cuento, para el cuento o en el cuento



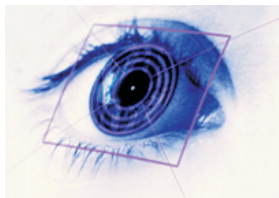
Como ciudadanos artistas creamos mundos, nuestro mundo y otros mundos fantásticos, virtuales, sensoriales. Entre esos mundos, la literatura ha ocupado un lugar esencial en la historia de la humanidad. Da la sensación que la vida no puede distanciarse de la lectura. El amor por leer el mundo que nos rodea (investigación) o los mundos que circundan nuestra imaginación (literatura, arte), nos aproxima a amar más la vida. Leer, vivir y la pasión se entrelazan en el nudo gordiano de nuestro día a día. Leemos para refrendar lo que ya sabemos, por eso los mejores libros son aquellos que dicen lo que deseo escuchar. Lugar de puritanismo imaginativo y pasional, los libros canalizan nuestra fiebre creativa, nos desprende de adoraciones impuestas y líderes insustituibles. Cuando leemos descargamos nuestra energía vital, nos alejamos de la explosión existencial, superamos frustraciones e imposibles; en definitiva, estamos felices. Ese estar bien con la lectura, es un estar bien con nosotros, con el cosmos. Al final siempre relacionamos lo que leemos con nuestro yo, lo leído y lo sentido, lo pensado y nuestro punto de vista. Vías de escape para expresar lo encerrado en la mente o el corazón. La narración literaria permite arrancar al lector de su mísero planeta de autorreferencialidad, y abrirle una pléyade de posibilidades de existencia. Las cartas están echadas; leer o no leer, pensar o no pensar, crear o creer, decidir o seguir. Por eso pensar es peligroso, para uno y para algunos; estimula las posibilidades, la imaginación, la creación y la capacidad de cambiar. El poder no se puede permitir esos lujos si quiere monopolizar el desarrollo humano hacia el consumismo individualista y la competitividad. El lector, por el mero hecho de leer, está creando mundos posibles, y esta creación no es otra cosa que concreción y realización del arte. Borges alguna vez se definió como un explorador de las posibilidades literarias de la filosofía. Lector artista, espíritu libre, fuera de dominio, que huye de la versión prostituida de felicidad que propone la ignorancia. Espacio para aprender, desaprender y reaprender a vivir. Por todo ello, es mejor leer que no hacerlo, canalizar nuestra

imaginación y esfuerzo hacia caminos de escape y realizaciones inteligentes. Unirnos a la cadena interminable del arte y la creación humana, que suma la originalidad propia al bagaje anterior de millones de predecesores. Suma y sigue de esta construcción trascendente del sentido humano, ese vínculo generativo de unión temporal, espacial, intelectual y creativa. Poder creativo al servicio del vínculo como comunidad o colectivo. Ruptura de soledad y autismos, reafirmación de uno y de la existencia conjunta. Evidencia que nunca estamos completamente solos, y que además podemos sobrevivir los unos con los otros. Octavio Paz en Tiempo nublado afirma que “la relación entre sociedad y literatura no es la de causa y efecto. El vínculo entre una y otra es, a un tiempo, necesario, contradictorio e imprevisible. La literatura expresa a la sociedad; al expresarla, la cambia, la contradice o la niega. Al retratarla, la inventa; al inventarla, la revela”. Juego de espejos mutuos, de estrados de la ética y lo político.

La literatura debe despertarse a sí misma y despertar al individuo, despierta en el sentido ético y político, lucha contra los aletargamientos morales, las pasividades políticas o los servilismos de mercado. En definitiva, la literatura es políticamente sospechosa. Las palabras son sombras que se interponen en el correcto funcionamiento del sistema productivo-reproductivo de la Matrix actual. Crea posibilidades, voces diferentes a la hegemónica, rompe el miedo a pensar. La escritura une; une sociedades, tiempos, personas y saberes; es una elegante mediadora de la humanidad. Por eso debemos escribir, escribir es vivir, debemos escribir aunque sea un borrador de nosotros mismos. Forma de afrontar y enfrentar los hechos esenciales de una vida, de ver las posibilidades que tiene la escritura y la vida de enseñarme, de descubrir que estamos muertos en vida, de que podemos tener más y mejor felicidad. Tal vez la vida no tenga argumento, pero sí tiene relato, narración, nudos y desenlace. Por ello, sólo existe un tema en la literatura, sobre el que podemos leer cientos de libros o escribir miles de páginas: la vida. Esa que siempre es la misma pero vivida de forma diferente. Por eso, siempre encontraremos una respuesta o una pregunta en la lectura o en la escritura. Erica Jong en Miedo a volar nos dice que “por eso, en parte, escribo. ¿Cómo puedo conocer lo que pienso a no ser que vea lo que escribo? Lo que escribo es el submarino o la nave espacial que me lleva a mundos desconocidos dentro de mi cabeza. Y la aventura no tiene fin; es inagotable. Si aprendo a construir el vehículo adecuado, entonces puedo describir incluso más territorios”. Al escribir puedo organizar mi pensamiento, canalizar la creatividad y aprender a vivir más profundamente lo humano.



CUARTO ACTO: La investigación como hecho creativo del individuo y la sociedad



Inteligencia, creatividad y conocimiento, esa tríada que fortalece el vínculo individuo-sociedad. Esa necesaria relación que ha permitido el desarrollo humano, la aspiración a conocer más y mejor, a tener mayor conciencia del yo y de los otros. Esa condición humana de estar en un momento histórico y que todo lo que hacemos, pensamos o creamos, contribuye a la meta de engrandecer el pensamiento, los sentimientos, la fraternidad. Inteligencia y creatividad, canalizadas en procesos de pesquisas e indagación. Investigación que tiene que ver con nuestra capacidad creativa, con generar procesos de información que determinan desde el primer día de nuestra vida la conducta y modos de convivencia. Estos hechos investigativos sirven para explorar y resolver situaciones que se nos presentan en el día a día, todo ello a partir de nuestra destreza mental puesta en juego. Por lo tanto, la investigación se caracteriza por tener algún elemento de análisis, de aplicación de experiencias previas, pero también de novedad, originalidad y creatividad, que sirven para alcanzar un objetivo útil propuesto. Vemos aquí la aplicabilidad del conocimiento producido en el hecho investigativo y, por lo tanto, su transcendencia no sólo académica, sino también social, cultural, política y por supuesto, artística. Reivindicación de saberes aprovechables, investigaciones que nos permitan ser mejores personas y vivir en una sociedad mejor. Investigación con el deber moral de comprender y experimentar posibles soluciones a algunos de los problemas que atañen a la sociedad actual. Sociedades mejores con individuos más felices, donde la investigación se convierte para cualquier ciudadano en una “forma de vida”, de existencia propia y colectiva. Aprendizaje para investigar, que puede permitir comprender mejor los mecanismos que articulan los procesos sociales; en definitiva, abordarlos más racional y creativamente como comunidad.

Investigación y hecho creativo que pueden también ayudar a realizar un cierto tipo de autoanálisis individual sobre el sentido de la propia vida. “Conócete a ti mismo” dijo un viejo loco en Grecia, casi olvidado ya. Aunque como dice Paul Ricoeur, “no nos conocemos a nosotros mismos directamente, nos conocemos siempre a través de obras exteriores a nosotros, y concretamente a través de obras escritas como la literatura, la ciencia, y nos vemos obligados a dar un rodeo por el exterior antes de entrar en nuestro propio interior”. La investigación y la creación, son esos rodeos que damos para conocernos mejor, contribuyen a construir personas más humanas, que cogen las riendas del sentido de la vida, ciudadanos más conscientes y activos que edifican comunidad. Detrás de este viaje propuesto, está que la creación y la investigación pueden ser prácticas éticas; individual y colectivamente.

Cabe recordar que por ética podemos entender el vivir bien los unos con los otros, en una relación amistosa y justa. El deseo personal de autorrealización tiene que ir de la mano de la construcción de una sociedad mejor que asegure las condiciones de reproducción ética. Esta “creación-investigación ética” proyecta a un grupo humano, esta capacidad intelectual tiene las posibilidades y potencial de desarrollo futuro de una sociedad. Vínculo estrecho entre la inteligencia individual y la inteligencia colectiva. Sólo de la confluencia de ellas, podremos trascender de ser una población en un determinado territorio, a convertirnos progresivamente en una verdadera comunidad que cuida el bien común, lo común. Por lo tanto, la creación-investigación determina las formas de existencia comunitaria, la constitución de la polis.

ACTO FINAL: Uno intenta todo en la vida y la vida intenta todo con uno

Épocas de perezas intelectuales y sensitivas, disfraces de convicción política, máscaras éticas, falta de derecho a no hacer lo que no se quiere hacer. Rodeos por la razón para llegar y profundizar en nuestra ignorancia existencial. Dolores metafísicos que impiden escribir ficciones reales o realizar nuestras ficciones. Incoherencia en nuestra condición humana; presas fáciles de la más vulgar expresión mitopoyética; existencias incoherentes, contradictorias y llenas de paradojas. Erradicada la poesía, que predomine el genocidio. Desvaríos mentales y existenciales; olvido de que lo importante no es encontrar sino el hecho de buscar y seguir buscando. Sensación de volver a sentir para pensar, porque no podemos pensar sin sentir la vida. Sin pasión no hay creación ni pensamiento. La pulsión de la voluntad, potente motor de desarrollo humano, condición necesaria para toda posibilidad de existencia. Desmaterialización de lo humano y humanización de las cosas. Uso de mayúsculas; no para escribir epopeyas sino alegorías, enseñanzas de vida. Rescate del pleistoceno trabajador del pensamiento, convertido en vedette del espectáculo mediático, en fetiche de intelectual. Esfuerzo y trabajo, pasión y creación, investigación y concreción, en definitiva, escribir. La angustia de escribir, de encontrarse con los fantasmas propios y ajenos. La conciencia te vigila. Miedo a escapar de los caprichos; de ser quien soy; de no seguir la ley de lo normal. Temblor a perder el equilibrio de una salud mental impuesta e irracional. Esfuerzo para utilizar el pensamiento para no pensar.

El saber como actitud ilícita; pasión por transgredir lo impuesto, por tener un carácter desequilibrado. Evidencia de que uno no encuentra el conocimiento ni la creación, sino que ellas lo encuentran a uno, el individuo sólo puede poner su carácter, pasión, energía y sufrimiento. ¿A quién le importa quién descubrió qué? Todo procede de algo anterior y contribuye a lo humano. Lo importante es el amor, el amor a Sofía, a nuestra sabiduría. Como afirmó Estanislao Zuleta, “es un filósofo el





hombre que quiere saber; el hombre que aspira a que el saber sea la realización de su ser; el hombre que quiere saber por qué hacer algo, para qué lo hace, para quién lo hace; el hombre que tiene una exigencia de autonomía". Y esta exigencia requiere esfuerzo, mucho esfuerzo y voluntad; pensar por uno mismo no es fácil, pero tampoco imposible. Hay que prepararse para esta guerra existencial, estar alerta, con confianza dar pasos, para bien o para mal, pero no pararse. Recordemos Las enseñanzas de Don Juan, con Carlos Castaneda, "Un hombre de conocimiento es alguien que ha seguido de verdad las penurias de aprender –dijo-. Un hombre que, sin apuro, sin vacilación ha ido lo más lejos que puede en desenredar los secretos del poder y el conocimiento".

Insistir en aquello de saber cuándo sabes y saber cuándo no sabes. Saber que en una sociedad hiperinformada, el conocimiento escasea y la comprensión es un lujo escasísimo. Ecos de una sociedad occidental, que construye universales para destruir la pluralidad de voces y palabras. Absolutos impuestos y violación constante del espíritu democrático, todo ello con amplias murallas teóricas y científicas. Genocidio del intelecto humano en pro de los intereses de unos pocos. Imposibilidad por pensar por cuenta propia. Sin comprender la realidad es imposible transformarla. Status quo perfecto para unos, esclavitud mental para muchos. Realidad impuesta y creída; imposibilidad de dudar del sentido de la realidad y castración del sentido de la posibilidad. Se acaba la posibilidad de imaginar que podría ser distinta la realidad, o que debería ser diferente. Casamiento con el deber ser, con lo que tiene que suceder porque debe suceder. Necesidad de romper estas cadenas del pensamiento, para creer que aquello que sucede y que no sucede, tiene similares posibilidades. Disposición por crear, por pensar lo prohibido, lo diferente para no ser indiferente. Lucha contra tiranías que imponen voces exteriores en nuestro interior e impiden una existencia propia y más humana.

Mundo de brujería, de percepciones de la realidad supuestamente claras, de mostrar para esconder, de mirar pero nunca ver. De alumbrarnos tanto la existencia, que la luz nos impida ver. Individuos llenos de alucinógenos, de mundos desfigurados y distorsionados, de visiones endebles de la realidad humana. El arte y el pensamiento como antídotos, como acercamiento sensible al mundo cotidiano, crítica racional y sensorial de nuestra vida. Escepticismo máximo, duda existencial, búsqueda de coherencias y consistencia en lo que tocamos, sentimos y amamos. Emitir otras percepciones de la realidad para el choque de realidades, para desnudar las creencias. Saber para poder, poder para saber. Leer y escribir para saber y poder. Camino difícil, porque como dice Rober Musil en El hombre sin atributos, "hemos conquistado la realidad y perdido el sueño".